

En este momento Santiago parecia haber concluido su conversacion.

—Niña—dijo Guatimoc—tú me dejas tu corazon y te llevas mi alma; veré tu hermosura desde mis ventanas; pero yo pensaré y nos hablaremos.

—Dios lo quiera—contestó Isabel.

Desde aquel dia, Isabel estuvo mas contenta, y Guatimoc pareció salir de su habitual tristeza.

Isabel recibió á su servicio una jóven india que casi nunca se separaba de ella, y que casi todas las tardes entraba á la casa del emperador y hablaba con él mucho tiempo en su idioma, que los españoles no cuidaban de aprender.

Así pasaron algunos meses.

*
*
*

Era una noche oscura; el viento zumbaba por las calles de la ciudad, produciendo gemidos y rumores tristes y pavorosos.

Gruesos nubarrones cruzaban por el cielo dejando caer algunas gotas de agua, y alumbrando de cuando en cuando el Valle con la luz de los relámpagos.

Terrible era la tempestad que amenazaba desprenderse de los cielos: los lagos, tranquilos siempre y tersos como un espejo, se agitaban negros y alborotados, y el trueno se repetia en las cañadas de la montaña de Ajusco.

Las calles de México estaban desiertas, y ni una luz se miraba en las casas; todas las puertas estaban cerradas, todos los habitantes temian á la tormenta.

De repente entre aquel triste desórden de la naturaleza, por la calle de Tacuba y de una de las puertas de la casa

de Guatimoc, salió un hombre arrastrando un objeto que parecia ser una escalera.

El viento hacia sonar las ropas de aquel hombre, agitándolas violentamente á pesar de que las llevaba fuertemente atadas á la cintura.

Aquel hombre misterioso llegó hasta el pié de las ventanas de Isabel, y allí se detuvo.

Brilló despues un relámpago, y pudo verse que aquel hombre habia aplicado la escalera á la pared y subia por ella á uno de los balcones.

La tempestad seguia rugiendo y el agua comenzaba á caer á torrentes.

El hombre llamó cautelosamente á la ventana, y pocos momentos despues se abrió ésta y asomó la bella cabeza de Isabel.

—¿Eres tú, Tepos?

—Yo soy, señora; venid.

Isabel ligeramente vestida salió á la ventana y comenzó á descender ligeramente por la escala hasta tocar la tierra.

Tepos, como le habia llamado Isabel, pasó la escala á la acera de enfrente, la sostuvo y dijo á la jóven:

—Subid, señora.

Isabel sin replicar subió ligera, llegó hasta la ventana, que cedió al primer impulso, y penetró en la cámara.

Un rayo surcó los aires en aquel momento, un torrente de luz rojiza penetró en la estancia tras de Isabel, y un trueno espantoso hizo temblar las casas hasta sus cimientos.

—¡Horribles presagios para nuestro amor! exclamó Isabel pálida y temblorosa, cayendo entre los brazos de Guatimoc.

—Venga la muerte, dijo el emperador, si nos ha de encontrar juntos.

Tepos con la mayor sangre fría y sin cuidarse de la tormenta, quitó la escalera, la colocó en el suelo y se sentó tranquilamente al pié de los balcones.

Corria el año de 1525 y Hernan Cortés alistaba en México sus tropas para salir á la conquista de Comayagua, adonde se habia rebelado Cristóbal de Olid.

Ese espíritu aventurero se habia amortiguado entre los conquistadores de la Nueva-España; pero no faltaron, sin embargo, quienes ayudasen al Capitan español en su nueva empresa, y entre éstos se contaba Santiago de Carbajal.

Todo estaba listo para la marcha, cuando Cortés, movido sin duda por ocultas denuncias, determinó que en aquel viaje le acompañase tambien el infortunado Guatimoczin, con el pretexto de que peligraba la paz de las nuevas colonias si el monarca prisionero quedaba en medio de sus vasallos despues de la partida del conquistador.

Guatimoc estaba á merced de sus enemigos, y no tuvo mas que obedecer.

Como otras noches, en la que precedió á la partida el hombre misterioso puso la escala y Doña Isabel entró á la casa del monarca.

Isabel estaba extraordinariamente pálida, y sus ojos indicaban que habia llorado mucho.

Apenas vió á Guatimoc, se arrojó sollozando en sus brazos: él no trató de consolarla; acarició su rostro y besó triste y silenciosamente los ojos de Isabel empapados en lágrimas.

—¡Te vas, señor, te vas!—dijo la española—y el corazón me dice que no volveré á verte.

—Me voy, aliento de mi vida, me voy, y mi espíritu está triste tambien. ¿Quién puede decir que volverá el viento que ha pasado? ¿Quién podrá volver á mirar la onda que pasó en el torrente? Soy prisionero, me llevan; el Dios que tú adoras y que debe de ser el buen Dios, te enviará el consuelo, si muero, te dará la alegría y el placer si vuelvo: no me olvides.

—¿Olvidarte yo, príncipe, olvidarte? ¡Ah, tú no sabes! Oyeme, porque voy á confiarte mi alegría; voy á decirte por qué no muero de dolor cuando te pierdo, príncipe: pronto seré madre.

Un rayo de purísima alegría brilló en los ojos de Guatimoc y reflejó en el pálido rostro de Isabel: aquella noticia era la felicidad de aquellos dos seres infelices.

—¡Gracias, Dios bueno!—dijo el emperador estrechando la mano de la jóven y alzando los ojos al cielo,—gracias; la sombra del águila cubrió á la paloma y nació una esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos, y mi imperio volverá á ser *Uno y solo, y Tenochtitlan será libre*. Isabel, si muero no quedarás sola, el tronco carcomido dejará lugar al retoño vigoroso: si mi nombre muere, mi sangre fecundará esta tierra, porque de mi sangre y de tu sangre, Isabel, podrán nacer héroes.

Guatimoc hablaba como inspirado, y la española lloraba de placer.

—¡Príncipe!—le dijo—si tú mueres, lloraré por tí y viviré para nuestro hijo; ¿lo oyes, señor? nuestro hijo. ¡Qué dulce es decir nuestro hijo entre dos que se aman como nosotros! Viviré para él y para recordarte, y tendrá tu rostro y tu corazón, y heredará de mí el inmenso amor que te profeso y el orgullo de haber sido tuya.

—Isabel, si alguna cosa puede turbar mi alegría en este momento, es pensar que quizá no veré nunca á ese niño; pero tú le verás, y esto me consuela. Es ya de dia, Isabel, las aves comienzan á trinar; abrázame por última vez, y no me olvides.

Isabel, ahogándose casi de dolor, abrazó al emperador y salió.

Aquel dia partió la expedicion, llevándose al desgraciado emperador de México y á los reyes de Tacuba y Aculhuacan.

Pocos meses despues, Isabel, en medio de los santos dolores de la maternidad, dió á luz un niño.

El padre de Isabel habia partido, sin saber nada, con la expedicion. La madre habia comprendido, algunos dias despues de la partida, el estado de su hija.

Isabel se arrojó llorando á sus piés. ¿Qué madre resiste al llanto de su hija, por grande que sea su indignacion ó su cólera? La madre no solo perdonó á Isabel, sino que se empeñó en consolarla, y se volvió su cómplice para ocultar la desgracia á su marido.

Isabel pasaba los dias encerrada y llorando. El emperador habia dejado á su fiel Tepos para esperar el nacimiento del niño y auxiliar á Isabel.

Nació por fin el hijo de aquellos infortunados amantes, y Tepos le recibió para ocultarle y encargarse de su crianza y educacion.

Llevóle á uno de los pueblos de las cercanías de México, cuidando solo de que viniese continuamente para que le viese Isabel.

El niño era hermoso y tenia una extraordinaria semejanza con el emperador, sin mostrar nada que denunciase la sangre española que corria por sus venas.

Tenia, sin embargo, en la espalda una mancha roja semejante en la figura á una lengua de fuego, de esas que se desprenden de una hoguera.

Isabel era supersticiosa, y en México abundaban los adivinos y hechiceros. Isabel hizo venir á uno, y luego á otro y á otros muchos, y todos le dijeron lo mismo.

Aquel niño viviria muchos años, aquella mancha roja era *la marca del fuego*; vendria á morir entre las llamas.

Pasaron así algunos dias. Isabel comenzaba á recobrar su salud y su hermosura; los colores volvian á su rostro, y estaba alegre.

Era que todo el mundo hablaba de la próxima vuelta de Cortés y de la expedicion.

Una tarde se escuchó el ruido de las pisadas de varios caballos que entraban en el patio de la casa de Carbajal. Isabel se asomó, y era su padre que llegaba.

Temblando de placer, corrió en busca de su madre.

—Madre, madre, ya vienen, ya están ahí—decia.

—Pero ¿quiénes? hija mia, ¿quiénes?

—Mi padre, la expedicion, el emperador sin duda, añadió por lo bajo.

Santiago llegaba en aquellos momentos, y se arrojó entre los brazos de su hija y de su esposa; pero el hombre lloraba.

—Santiago—le dijo su esposa—¿qué tienes? ¿triste tú cuando vuelves á vernos?

—Esposa mia, traigo el corazon hecho pedazos.

—¿Qué pasa, padre mio?—dijo Isabel.

—¿Qué pasa? horrorizaos: el emperador Guatimoc, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, han sido ahorcados en Atzala de orden de Cortés.

—¡Misericordia, Señor!—gritó Isabel, cayendo á tierra en medio de espantosas convulsiones.

—¡Dios nos ha abandonado!—exclamó la madre arrodillándose á socorrer á su hija.

*
*
*

Isabel perdió la razon. Santiago y su esposa murieron algunos años despues. La pobre loca quedó en poder de gentes extrañas que cuidaban muy poco de ella.

Todas las noches se oian gritos desgarradores en la casa de Carbajal, y todos decian con indiferencia: *Es la loca.*

Un dia no se oyeron los gritos, y al siguiente tampoco. Era que la pobre loca habia huido.

EL HIJO DE GUATIMOC.

(Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

MEDIABA el año de 1546. Gobernaba entonces la llamada Nueva-España Don Antonio de Mendoza, primer vi-rey nombrado por los monarcas españoles.

Parecia que el cielo habia hecho caer sobre la desgraciada nacion mexicana todo su enojo.

Una peste horrorosa asolaba los pueblos y las ciudades, cebándose solo sobre los naturales del país: las casas quedaban desiertas; los cadáveres sembrados en las calles, en las plazas y en los caminos, ponian pavor en los corazones mas esforzados, y en vano agotaban sus recursos para remediar noblemente tanta desgracia; los obispos, el clero y los principales gefes de las tropas españolas. Aquella calamidad no parecia tener remedio alguno; seis meses habian trascurrido, y ochocientas mil eran ya las víctimas de la peste.

El ánimo de los naturales del país, que se veian sometidos á la mas espantosa esclavitud, estaba tan triste, que la epidemia se propagaba por esto con mas facilidad.